

Experiencias migratorias contadas por sus protagonistas. La migración andaluza a América a comienzos y mediados del siglo xx

María Dolores Pérez Murillo



Tiempos de América, nº 13 (2006), pp. 97-107

El presente artículo forma parte de una amplia investigación, que venimos dirigiendo y realizando en la Universidad de Cádiz desde hace más de una década, cuyo objetivo primordial es rescatar la historia de las gentes sin historia, la Intrahistoria, la pequeña historia. En definitiva, lo cualitativo, el rostro humano de la Historia, contado por sus propios actores.

Este artículo es una historia cualitativa de la emigración, en la que abordamos dos aspectos esenciales: en primer lugar, las fuentes orales (la tipología de los informantes); y en segundo lugar, extractamos los testimonios más significativos del proceso emigratorio andaluz hacia Brasil y Argentina a lo largo del siglo xx, distinguiendo una primera etapa, que va desde finales del xix y primeras décadas del xx, y una segunda etapa referida a los años cincuenta y primer lustro de los sesenta.

LAS HISTORIAS DE VIDA COMO FUENTE

Las fuentes que hemos utilizado para elaborar este artículo han sido las *Historias de Vida* de personas que han experimentado directa o indirectamente la diáspora trasatlántica, personas que soñaron alguna vez “hacer la América”, y medio siglo después, desde el desencanto y/o idealización de la juventud pasada, se prestaron sorprendidos a narrarnos su trayectoria vital, y afirmo “sorprendidos” porque estos hombres y mujeres, anónimos y silenciosos, que pasan por la vida como “de puntillas”, que no son héroes ni mártires, ni buenos ni malos, jamás pudieron imaginar que su historia interesara a alguien, y menos a los historiadores profesionales, ya que los protagonistas de la Historia de los libros son casi siempre reyes, ricos, héroes militares, en definitiva triunfadores de sexo masculino y raza “superior”, casi siempre “blanca”. Accedimos a ellos a través de parientes, paisanos o amigos y siempre con una actitud respetuosa y desde el corazón, olvidándonos de la razón, “fría” y “objetiva”, de las estadísticas, ya que la mayoría de nuestros informantes ni siquiera aparecía

en las cifras oficiales, que constatan, el saldo emigratorio, pues muchos de ellos “cruzaron el charco” extraoficialmente, gracias a las mafias portuarias, que en soterrada connivencia con las autoridades del momento, operaban en Cádiz y en Málaga, imponiendo un precio abusivo por “arreglar papeles” y por el pasaje de ida, sin retorno, en la panza de algún barco mercante o de guerra a punto del desguace.

Hemos mantenido el anonimato de nuestros informantes, entrevistados en España y América (Argentina), siguiendo de esta forma una de las tradiciones de las Ciencias Sociales, entre ellas la Antropología Cultural. Anonimato que, ante todo, es respeto, al tiempo que al investigador le ofrece más juego y libertad interpretativa. Igualmente hemos trabajado con tres niveles de informantes: retornados, residentes en América, y los que soñaron con emigrar. A continuación vamos a presentar la tipología, el perfil humano, de cada uno de ellos:

a) *Retornados*

Responden a tres etapas cronológicas del siglo XX:

En primer lugar, personas octogenarias y nonagenarias que, entrevistadas en los años 1992 y 1993, nos evocan su experiencia como inmigrantes en Brasil y en la Argentina en las primeras décadas del siglo XX. Éstos, siendo muy niños, emigraron con sus familias; otros fueron concebidos en los barcos o al inicio de la aventura americana de sus padres. En esta emigración existe un alto índice de radicación a los países suramericanos, dada la lejanía espacial y las pésimas condiciones de todo viaje trasatlántico; sin embargo, algunos de ellos retornaron hacia los años veinte (indudablemente el fin de la guerra de África y las funestas consecuencias del “crac” del 29 en Suramérica influyeron en ello); pero el retorno se dio de forma incompleta en sus miembros, pues los hermanos-as mayores se habían casado en América, y alguno de los padres, casi siempre el varón, había fallecido con la esperanza del retorno, deseo que cumplirán probablemente su esposa y los hijos más pequeños: por ejemplo, si en 1903 había emigrado una familia nuclear de seis miembros, lo común era que, transcurridos 15, 20 o 25 años, retornaran la mitad de sus miembros: madre viuda y los más pequeños de la familia, que habían nacido en España, o incluso los vástagos nacidos en América. Siendo precisamente esos niños y adolescentes retornados los informantes que, en los inicios de los años noventa, nos narraron, con evidente idealización, su infancia y primera adolescencia transcurridas en los cafetales de São Paulo (Brasil), en los ingenios azucareros de Tucumán y Salta (en el noroeste argentino), en los campos vitivinícolas de la región de Cuyo (San Juan y Mendoza primordialmente), en la pampa húmeda, en Buenos Aires, etc.

En segundo lugar, nuestros informantes retornados son aquellos que emigraron a los países suramericanos en los años cincuenta. El éxodo estuvo generado por la asfixia socio-económica y política que se vivía en la España franquista. En este tiempo, América del Sur, sobre todo Brasil y Argentina en los casos analizados, se muestra como destino ubérrimo, con una economía boyante, debido al superávit de exportaciones (alimenticias primordialmente) a la Europa de la posguerra. Igualmente en los países citados la propaganda de sus gobiernos populistas (Perón y su esposa, Eva Duarte, en la Argentina; y Getúlio Vargas, en Brasil) fue un apreciable anzuelo para los españoles, presos de y en la pobreza física y espiritual de la dictadura. La gran mayoría de aquellas familias de españoles de los años cincuenta trabajará en los sectores Terciario y Secundario en urbes como São Paulo y Buenos Aires; otros, siguiendo las redes de parientes y paisanos, emigrados a comienzos del siglo XX, se instalarán en las áreas azucareras del noroeste argentino, en la región del Cuyo, en Santa Fe, Entre Ríos, Córdoba, etc. Estos emigrantes de los años cincuenta, aunque se radicaron bien en América –haciéndome eco de las palabras de uno de los informantes– “América me salvó la vida”, a finales de la década de los setenta y, sobre todo, en las décadas de los ochenta y de los noventa, las décadas “perdida” y de la “exclusión” respectivamente para América Latina, empren-

dieron el retorno. Conscientes, del mayor desarrollo económico de España y de la estabilidad democrática de nuestro país, apostaron por el retorno, apuntándose así “al carro del primer mundo”. Hoy, a comienzos del siglo XXI y ante la gravísima situación económica de algunos países, Argentina concretamente, llaman a nuestras puertas los nietos y biznietos de los que, a comienzos o a mediados del siglo XX, se fueron para “hacer la América”.

Y en tercer lugar, hemos entrevistado a una serie de retornados que emigraron a Brasil, en vez de a Europa, en el primer lustro de los años sesenta, en la época del gran desarrollismo de la industria automovilística de São Paulo, en la época de Kubitschek, Janio Quadros y João Goulart, coyuntura en la que se vende al mundo un Brasil lleno de posibilidades, país del futuro. Ese milagroso Brasil del desarrollismo acogió a muchos trabajadores del sector secundario, sin perspectivas socio-laborales en España, y que, allende los mares, conseguirían la cualificación profesional y la riqueza material suficiente para retornar en menos de una década. Todos estos retornados los hemos entrevistado en San Fernando (Cádiz), ya que dicha ciudad fue la cantera de jóvenes obreros que, vinculados a las industrias navales y militares de la Bahía de Cádiz, buscarán en Brasil la especialización profesional y el rápido enriquecimiento, retornando a su pueblo de origen a comienzos y mediados de los años setenta.

b) *Inmigrantes residentes en América*

Éste es un segundo bloque de informantes residentes en Argentina, hijos de los que emigraron a comienzos de siglo o inmigrados de los años cincuenta que, radicados en América, conscientes del no retorno, cuentan su *historia de vida*, dándonos su particular visión de España y del país que los acogió. Hemos recabado información en tres ocasiones: julio de 1993, julio-agosto de 1996, septiembre-octubre de 1998. Cada viaje, totalmente distinto, tenía como objetivo la convivencia y “observación participante” con españoles, concretamente andaluces, residentes en Argentina. En el año de 1993 tomando como referente las direcciones de parientes y paisanos, de los que teníamos constancia de su existencia, y que habían emigrado en el primer lustro de los años cincuenta, pudimos acercarnos a sus casas, y ser acogidos por ellos, como sólo se acoge en América Latina. Nuestro recorrido se centró en las ciudades de Buenos Aires, Rosario, Córdoba, San Miguel de Tucumán, y Salta. Este viaje, casi iniciático, estuvo lleno de suma ilusión por nuestra parte y de inimaginable sorpresa para los que allí residían, pues, pese a encontrarnos en la gran era de las comunicaciones, algunos de nuestros entrevistados se quejaban, y con razón, de que nadie de la familia española, única que tenían, había ido a visitarlos en más de cuarenta años que llevaban viviendo en la Argentina. Este hecho es muy común, ya que a lo costoso del viaje se añade el olvido que siempre ha existido en España respecto a América Latina, ésta es el “nuevo” y el “otro” mundo, emigrar al otro lado del Atlántico para los españoles de los años cincuenta era casi igual que para los del siglo XVI, era como una “muerte” con todo con lo que de “gloria”, “infierno” y “olvido” llevaba toda desaparición física.

En nuestro segundo viaje, realizado en julio-agosto de 1996, fuimos siguiendo la pista de parientes y paisanos de nuevo en Buenos Aires y Rosario, añadiendo dos ciudades más: Santa Fe y Paraná.

En el tercer viaje, acontecido en septiembre-octubre de 1998, visité la República Argentina como profesora intercampus, y toda la actividad docente e investigadora se centró en la región de Cuyo (Mendoza y San Juan) y en la provincia de Córdoba (ciudad de Río Cuarto). Esta tercera visita a la Argentina ha servido para animar a los jóvenes estudiantes universitarios de aquel país a la búsqueda de la propia identidad a través de la Historia Oral, y sensibilizarlos a escuchar a sus mayores (a los abuelos) que mucho tienen que contar de sus orígenes como emigrantes; así, asumiendo los orígenes, se podrán evitar los brotes de xenofobia que se vienen registrando en dicho

país frente a los inmigrantes de países limítrofes, frente a muchos paraguayos y bolivianos (“bolicitas”, “boliguayos”, “cabecitas negras” como se les apoda despectivamente) y que pueblan las “villas-miseria”. A través de la Facultad de Humanidades y de su Departamento de Historia de América de la Universidad Nacional de San Juan desarrollamos un Programa, llamado : “Buscando nuestras raíces”, del que obtuvimos valiosísimas *historias de vida* de andaluces emigrados a finales del siglo XIX y comienzos del XX, “historias” contadas y recreadas por la segunda generación, por los hijos.

c) *Los que soñaron con América del Sur sin salir de España*

Se trata de los testimonios de familiares, amigos o conocidos de los que marcharon. Los “soñadores” evocan las “historias de vida” del padre, hermano, amigo, pariente, o paisano ausentes. Toda ausencia, al igual que la muerte, por el miedo que nos causa, merece respeto, y éste se traduce en la hipervaloración e idealización de la persona emigrada y del continente suramericano, como tierra de promisión. Estos “soñadores” sienten a sus familiares como héroes de la epopeya americana. Los perciben como auténticos “indianos”, piensan que éstos tuvieron la oportunidad de “hacer la América”. Cuando narran las “historias de vida” ajenas proyectan en ellas todas sus metas personales, es como si el “otro” (el que se fue), por el hecho de tener nuestra misma genética o paisanaje, nos redimiera de nuestra mediocridad. Muchos de estos informantes guardan con suma delicadeza y amor la memoria de sus familiares y amigos ausentes, pues se quedaron con el sabor “agridulce” del fuerte abrazo de la despedida. Todos estos testigos son prolijos en datos sobre las circunstancias que impelieron a la emigración, igualmente nos aportan testimonios epistolares y abundantes fotografías para que conozcamos a fondo la trayectoria de sus familiares y amigos en América.

También hemos hallado otra tipología, minoritaria, de los “soñadores”, se trata de aquellos, que al narrar la historia de vida del paisano ausente, se recriminan a sí mismos el no haber tenido suficiente valor para haber emigrado, pues la “ubérrima América”, “Eldorado”, estaba destinado a ellos, ellos sí “hubieran hecho la América”; y no el paisano que allá vive. De esta forma, proyectan en los imaginados fracasos ajenos todas sus frustraciones del pasado y del presente.

FRAGMENTOS DE LA EXPERIENCIA MIGRATORIA CONTADA POR SUS ACTORES

Testimonios de comienzos del siglo XX

La Andalucía del Mediterráneo (Málaga, Granada y Almería), y Cádiz, ésta última por su magnífica tradición e infraestructura portuaria, son las protagonistas de la emigración a América que, desde la década de los ochenta del siglo XIX y a comienzos del siglo XX, aporta el sur de España. El prototipo de emigrante es el de un pequeño propietario rural, un minifundista, de las cordilleras costeras y de la costa del Mediterráneo que, ante las continuas crisis de subsistencia provocadas por la falta de terreno para roturar, años de sequías y malas cosechas, y, sobre todo, por la crisis de la filoxera, que en la década de los ochenta del siglo XIX, se cebó virulentamente en las provincias de Málaga, Granada y Almería, opta por vender lo poco que tiene (el minifundio y la casa) para embarcarse con toda su familia a las prometedoras tierras vitivinícolas de la región de Cuyo (Argentina), o a los cafetales de São Paulo (Brasil) que, después de la abolición de la esclavitud en 1888, demanda mano de obra agrícola que esté formada por familias nucleares de origen europeo.

Los males del minifundio y del caciquismo como causa de emigración así nos lo cuentan sus protagonistas:

Tierras pobres, secas, con viñedos, higueras, almendros, que cuando llovía fuerte las aguas arrastraban con todo. Allí se daba el trigo, la cebada, los guisantes, los garbanzos; pero estos campos daban poco dinero por la escasez de terreno. No había luz, ni agua, ni carreteras. Los niños trabajaban desde su más tierna infancia en trabajos como espantar gorriones con latas, cuidar de las cabras, etc., y las niñas en cuidar de sus hermanos más pequeños... Campos sacrificados en donde crecían las malas hierbas, y después de tanto trabajar si las lluvias no llegaban a tiempo no se recogía nada (Testimonio Oral tomado a una mujer de 67 años en la provincia de Granada en abril de 1992).

Mi familia paterna tenía unas, unas tierrecitas ¿no?, mi abuela tenía unas tierrecitas heredadas de mi abuelo y claro..., ellos eran..., eran ocho hijos lo que tenían, y mi abuela se quedó viuda muy joven. Mi padre tenía 16 años, que era el segundo de los ocho hijos, y el más chico tenía 8 meses, y claro, pues los más chicos irían ayudando a lo poquito que tenían, y los mayores dirían: “pues a ver si nosotros podemos por otro sitio ayudar... Mi padre emigró a La Habana, donde yo nací porque en el pueblo (Villaluenga del Rosario, provincia de Cádiz) no había futuro...” (Testimonio Oral tomado a una mujer de 70 años en Jerez de la Frontera en octubre de 1994).

Mostramos un ejemplo de emigración de finales del siglo XIX formada por una familia nuclear, procedente de la cordillera costera granadina, de la “Contraviesa”, donde el régimen de tenencia de la tierra es minifundista. Probablemente esta familia se viera afectada por la crisis de la filoxera. Emigran a San Juan (Argentina) de paisaje semidesértico y mediterráneo, similar al del lugar de origen, donde podrán mantener un continuismo en el cultivo de una tierra de viñedos, olivos y almendros:

Mi madre, María del Pilar González Granado, nació en Albondón, pueblito al norte de Motril, Granada, España, en 1876. Y falleció en San Juan (República Argentina) a causa del terremoto de 1944. Vino de España con sus padres: Juan González y M^a Esperanza Granado; y sus hermanos: José, Ana, Isabel, y Raimundo, siendo ella la mayor. Esta familia llegó al suelo argentino en 1888... Vinieron en un barco de bandera francesa, llamado “Venice Karloff”. E inmediatamente al arribar a Buenos Aires se trasladaron a San Juan. María del Pilar recordaba de la larga travesía la comida francesa, tan distinta a la suya “cortijera”, y que su madre les guardaba en el “refajo” pedacitos de pan para dárselos como merienda. También recordaba el fallecimiento de una niña pariente en alta mar y como fue arrojada al agua... Recordaba de su pueblo de origen, Albondón, que, subidos a un cerro, los días claros podían ver el Mar Mediterráneo. Vivían en una casa de dos pisos, llamada “el cortijo de los Morenos” donde cultivaban olivos, viñedos, y almendros... (Testimonio tomado a una mujer de 96 años, que evoca la historia de su madre, en la ciudad de San Juan [República Argentina] en septiembre de 1998).

También otra causa de la emigración fue la clandestina con el fin de eludir el reclutamiento forzoso a la guerra de África o Guerra de Marruecos (1907-1927). Más del 30% de los jóvenes andaluces fueron declarados prófugos entre 1915 y 1920. La plataforma de partida de esta emigración clandestina fue Gibraltar, allí hacían escala vapores franceses e italianos, dedicados al transporte de emigrantes a América del Sur. También operaban en dicho puerto varias agencias de información, bajo protección británica como las de Juan Carrera e Hijo y Lucas Imossi e Hijo. Los emigrantes llegaban a Algeciras y allí obtenían, antes de embarcar para Gibraltar, y tras previo pago, una certificación de buena conducta expedida por un alcalde de barrio que, por supuesto, no los conocía, desde Algeciras embarcaban para Gibraltar y allí eran transbordados directamente a barcos italianos en días puntuales. Otros llegaban a Gibraltar directamente y allí estaban viviendo en condiciones infrahumanas hasta embarcar para América del Sur. Mostramos un testimonio sobre uno de los protagonistas que desertó de la guerra de África, buscando en la Argentina un lugar similar paisajísticamente a su comarca de origen, un lugar donde hubiera paisanos. Deserción, deserción del viaje y redes de paisanaje ilustran el siguiente extracto testimonial:

Por entonces, en 1915, España por el rey Alfonso XIII gobernada, estaba en guerra con Melilla (África), y él (mi padre) había sido convocado para servir en el ejército. Éste fue el motivo que lo decidió emigrar a Améri-

ca. La única que sabía que él embarcaba para América era su madre. A nadie más confió su partida. Se desprendió de sus mercancías (ya que tenía una pequeña tienda) juntando un pequeño capital. En dos baúles de madera preparó su equipaje, su madre le había tejido una bufanda y un saco (jersey), unos pantalones de paño, una estampa de la Virgen de las Angustias, una foto (de familia) muy dulce, un rosario también que él guardó emocionado, junto a sus prendas limpias con perfume del hogar... Embarcó (en Gibraltar) en un barco italiano, repleto de sicilianos y calabreses. Éstos viajaban en cubierta de tercera, los tíos en camiseta, despeinados y sucios, revueltos con sus mujeres, comían fideos y polenta con las manos y sentados en cualquier trasto, colchones y cajones, ensuciándose sus caras con los fideos... La travesía duró 30 días. Llegó a Buenos Aires en 1915, estuvo unos días en el Hotel de Inmigrantes donde los alojaban, los informaban y los despachaban a las provincias que querían ir. Se acordó de sus paisanos Diego Ibáñez y María Vilchez, que residían en San Juan, y pidió San Juan. (Testimonio tomado en septiembre de 1998 en la ciudad de San Juan [República Argentina] a un varón, de unos 70 años, que evoca la historia de vida de su padre, natural de Pinos Puente – Granada).

El siguiente texto nos muestra las relaciones de producción en una fazenda cafetalera, próxima a São Paulo. El testimonio es muy descriptivo, no exento de cierta idealización, ya que la informante en su narración sublima su adolescencia:

Nosotros como colonos tomamos 800 plantas de café para trabajarlas dentro de la fazenda. Todos los meses por las plantas que se estaban labrando, los colonos recibíamos un sueldo. Después se recogía el café a destajo, contra más café se cogía recibíamos más “pagamento”. El café se coge sobre unos lienzos que se ponen en el suelo. Los patronos aprovechaban mucho el café, allí no se podía dejar ni un solo grano en el suelo, pues mientras tanto está el director (el capataz) mirando. La recogida del café la hacíamos todos los colonos, las 25 ó 30 familias que allí trabajábamos, se pasaba muy bien, era muy divertido; unos reían, otros cantaban lo propio de su lugar de origen (Testimonio de una mujer de 97 años, tomado en Jete [Granada] en abril de 1993).

El siguiente testimonio, narrado por la segunda generación nacida en la Argentina, nos describe un ajuste de cuentas como causa de emigración a comienzos del siglo XX, y la búsqueda inmediata de redes de parentesco en América:

Mi abuelo estaba muy bien, en buena posición, tenían dos casas (en Vélez Málaga). Una noche le dijo mi abuelo a mi abuela: “Mira, María, vete a dormir con las niñas a la otra casa, porque hace mucho calor y tengo que levantarme temprano y tengo que arreglar unas cosas aquí”. Mi abuela se fue con mi tía y mi mamá. Un primo de mi abuelo le dijo que le iba a quemar la casa, porque él tenía poco y mi abuelo tenía mucho. Esa noche que mi abuelo estaba solo en casa, su primo le roció la casa y le prendió fuego. El vecino de enfrente empezó a llamarlo y mi abuelo se despertó y cuando se vio entre las llamas no le quedó más remedio que abrir las ventanas y tirarse, se tiró y ahí mismo se reventó, todo el capital lo gastó en los médicos y al fin murió. Nunca quiso acusar a su primo. Mi abuela siguió el ejemplo de él, no acusó; y el dinero que tenían se lo llevó la enfermedad. El negocio de taberna-tienda (pulpería) que tenían no pudo ser atendido y se vino abajo. A mi abuelo lo enterraron de noche porque no tenían dinero para enterrarlo, y en este acto, los asistentes al entierro hicieron una colecta para ayudar a la pobre viuda y a las dos hijas. Se quedaron en la ruina y por ello se vinieron a la Argentina, aquí ya vivía mi tío Rafael de 19 años, que había emigrado poco antes. Éste las recibió en el puerto de Buenos Aires a mi abuela, a mi madre con diez años y a mi tía con seis. Llegaron a la Argentina en 1906. (Testimonio Oral tomado a una mujer de 76 años en Buenos Aires [República Argentina] en agosto de 1996).

Testimonio bibliográfico, elocuente por sí mismo, que nos señala la capacidad de adaptación y movilidad ocupacional y geográfica que debe acompañar a todo inmigrante:

Los emigrantes nos presentan una gran movilidad ocupacional, en este sentido tomemos un ejemplo, quizá extremo, pero ilustrativo de las experiencias laborales (ocupacionales) de un emigrante francés en 1912: su primer empleo fue en Buenos Aires como desbardador de una fundición, y que tras una breve conversión en pintor de letras, oficio que no conocía, tentó suerte en la enseñanza de las matemáticas y del francés; se hace cargador de bolsas de maíz (sólo dos días); pasa a ser mecánico de un aserradero en Córdoba, tendero, pana-

dero, conductor de mulas, minero en Salta, empleado de farmacia, tapicero, pintor de arte, cocinero, para acabar finalmente como ingeniero (cargo que le llega por un anuncio en la prensa) y para el que demuestra los mismos conocimientos que para los anteriores oficios...¹

Testimonios de mediados del siglo XX (década de los cincuenta)

Los años cincuenta son los protagonistas de un ingente flujo emigratorio a Brasil y a la Argentina. Los españoles que emigran pertenecen, como los de comienzos de siglo, a una clase media u obrera que, al menos, poseen algún patrimonio (tierra, casa, negocio, etc.) que vender y/o hipotecar para poder costearse el viaje y todos los gastos subsidiarios hasta establecerse en América. La mayoría de los mismos consiguen los pasajes y papeles a través de unas redes mafiosas que operaban en los puertos de Málaga y Cádiz primordialmente; las cuales previamente utilizaban intermediarios o “ganchos”, como popularmente se les denominaba, que viajaban por los pueblos andaluces buscando clientes dispuestos a emprender la aventura americana, muchas personas, presas de la fiebre de “Eldorado” y asfixiadas por una dictadura sin futuro, serán captadas por ganchos y usureiros locales que las “embarcarán” en el sueño de “hacer la América”.

Por otro lado, Argentina y Brasil, con los gobiernos populistas de Juan Domingo Perón y Getúlio Vargas respectivamente, se han convertido en los graneros de la Europa de la posguerra, a la que abastecen de carnes y cereales, a precio de oro. Estos países americanos con un desarrollo sin parangón demandan una vez más, como hicieran cincuenta o setenta años antes, abundante mano de obra europea, la cual emigrará a aquellos lugares donde existen redes de familiares y de paisanos que, a finales del siglo XIX y comienzos del XX, les abrieron los caminos de la emigración. La República Argentina se erige en la receptora, por antonomasia, de los españoles de los años cincuenta, a ello contribuyeron los Acuerdos sobre emigración de 1948, suscritos por Franco y Perón. La emigración de estas fechas y, sobre todo al país del Río de la Plata, está constituida esencialmente por familias nucleares de cualquier edad: no sólo emigrará un matrimonio con hijos pequeños y/o adolescentes, sino también personas de mediana edad, de unos 30 años y de estado civil indistinto (solteras y/o casadas) con ascendientes de la tercera edad. Brasil, sin embargo, al ofrecer las dificultades idiomáticas y culturales consabidas, recibirá a un prototipo de inmigrante varón y solo, de más de 25 años de edad, pero con familia en España, cuyo objetivo es permanecer un par de años en el país y si las “cosas marchan bien” reclamar a la familia o retornar. La emigración de los años cincuenta, dadas las pésimas condiciones de vida material, que existían en la España del momento, y lo dificultoso y costoso del viaje de ida, presenta un carácter de estabilidad y/o permanencia de un mínimo de veinte años en el país receptor; no obstante, a partir de los años setenta y, sobre todo en los ochenta y noventa, al mejorar las condiciones socio-económicas y políticas del país de origen, algunos, los menos arraigados familiarmente a América, soñarán y efectuarán, tarde o temprano, el viaje de vuelta, el retorno, del que hablábamos al principio de este artículo.

Durante los años sesenta la gran mayoría de los españoles, de clase popular, aquellos que ni ellos ni su familia tuvieron la “oportunidad” de emigrar a América en ninguna de sus dos grandes oleadas (comienzos o mediados del siglo XX), serán los protagonistas de una emigración subvencionada a los países europeos (Francia, Bélgica, Holanda, Inglaterra, Alemania, Suiza) o a otras regiones más desarrolladas de la Península, como Cataluña. Por estas fechas, América Latina acogerá primordialmente a un contingente de personas de alta cualificación técnica (ingenieros) que desarrollarán sus actividades en Venezuela y Brasil; sin embargo también en los años sesenta existirán convenios entre los países latinoamericanos y el sindicato vertical franquista para llevar a cabo una emigración subvencionada de jornaleros a la Argentina, y de obreros industriales, no cualificados, a

¹ GUSTAVO y HÉLENE BEYAUT: *América Latina III. De la Independencia a la Segunda Guerra Mundial*. Colección Historia Universal de siglo XXI, Madrid, 1986, p. 103.

Brasil; sendas iniciativas corresponden a coyunturas políticas muy concretas: la Argentina de mediados de los sesenta, con el dictador Onganía en el poder, se propone llevar a cabo un plan de colonización de la Patagonia y para ello requiere población rural, constituida por familias nucleares; Brasil, la urbe de São Paulo con su impresionante desarrollo automovilístico, demandará obreros industriales (no cualificados) a cambio de café. Estas emigraciones de los años sesenta, que hemos denominado “rezagadas”, ofrecen una escasa radicación en el país receptor, pues transcurrida una década retornarán a España.

Extractemos algunos testimonios de la emigración a la Argentina de los años cincuenta:

Éste es el testimonio de una mujer que, cuando partió para la Argentina en 1952, contaba con 26 años de edad y estado civil soltera, en su lugar de origen tenía un buen status social, ya que su familia y ella eran propietarios de una tienda de comestibles (ramo de ultramarinos), ubicada en una céntrica calle de la ciudad de Motril (Granada). Su hermano con 30 años, soltero también, era persona inquieta, con la necesidad de ver mundo, de salir de la asfixiante sociedad de la posguerra, además simpatizaba con las ideas anarquistas, y géneros de su tienda eran vendidos a “enlaces” del maqui que actuaba en las cordilleras costeras granadinas. La situación llegó a ser tan comprometida, que antes de llegar a más, decidieron vender todo el patrimonio, y enrolarse en la aventura americana los cuatro miembros de la familia: el padre, de 60 años; la madre, de 58; la hermana de 26; y él de 30 años. En el testimonio se elude la causa real de esa emigración, todo parece capricho de un “treintañero” aventurero y una pasiva familia detrás de él:

Nos vinimos a América, porque mi hermano quería venir a América, y quería venir a América, y nosotros empezamos a decir: ¡Ay, si se va el niño lo vamos a perder, si se va lo perdemos! Y estábamos una noche sentados en la mesa de camilla, en el gabinete, y se... dijo papá: ¿y si nos fuéramos todos? Bueno, y ahí..., nos vamos y nos vamos (Testimonio tomado en Rosario [República Argentina] a una mujer de 68 años en julio de 1993).

El testimonio, que presentamos a continuación, es un claro ejemplo del matrimonio por poderes y de iniciativa oficial de “reagrupamiento” familiar que se lleva a cabo a finales de los años cincuenta y en el primer lustro de los años sesenta, ya que era habitual una primera emigración de varones solos que, transcurridos unos dos años de permanencia en suelo americano, y establecidos económicamente allí, reclamaban a sus esposas, novias y otros parientes femeninos que dieran estabilidad y unión a la familia. Parte de esta iniciativa de “reagrupamiento familiar” la llevó a cabo la iglesia católica a través de las caritas diocesanas. De esa emigración femenina, aparentemente “pasiva”, nos dan fe estas palabras:

Mi cuñada, mi cuñada fue la que llamó al hermano a América, y entonces, y ella también se casó “por poderes”, y ya tiró del hermano y de la madre, y ya fue que Luis me escribió a mí por si me quería casar con él... Él mandó el poder para casarnos a Málaga, y yo lo llevé a la iglesia de la Victoria, luego al palacio obispal [...] fui al palacio obispal, y al palacio obispal fuimos una cuantas (mujeres) que nos íbamos así por esa Compañía, y el señor obispo nos echó la bendición y todo; y nos embarcamos en una, me vine para Cádiz, una semana antes tuvimos que estar aquí para los reconocimientos médicos... Todos los que nos embarcábamos íbamos gratis, allí íbamos personas recién casadas “por poderes” o mujeres casadas que los maridos reclamaban, y madres también que los hijos estaban en Argentina (Testimonio de una mujer retornada, tomado en Cádiz en 1994).

Los trámites para emigrar a la Argentina de los años cincuenta eran complicados burocráticamente y caros, necesitándose varios documentos, entre ellos: carta de llamada que, normalmente, la expedían los consulados hispanoamericanos ubicados en Cádiz u otros puertos de Andalucía, la carta o contrato de trabajo era un documento irreal, falso, porque nadie reclamaba allá, pero al entrar en Santos, Montevideo o Buenos Aires había que presentarla. En el testimonio que vamos a ver a continuación el protagonista recurre a las redes de paisanaje, a los familiares que tiene en Buenos

Aires, para que le manden la “carta de llamada” o contrato de trabajo, y así evitar pagar ese documento al consulado argentino:

Para irme tuve que conseguir una carta de llamada, pues con Franco no se podía salir de aquí, a pesar de que yo estuve en la guerra con Franco, porque me pilló con Franco; pero si me hubieran tocado los rojos, lo mismo hubiera estado con ellos. No dejaban salir a nadie de España –puntualiza la esposa–. Entonces para conseguir la carta de llamada escribí a una prima mía, casada con un militar residente en Buenos Aires, que amparándose no sé en qué cosa, me envió una carta reclamo diciendo que yo iba a trabajar allí, que no iba a buscar trabajo, sino que ya tenía trabajo allí, en Argentina. La madre de mi prima era hermana de mi madre, esta tía materna se había marchado a la Argentina mucho antes de que yo naciera (Testimonio tomado a un matrimonio de retornados, de más de 70 años, en Motril [Granada], junio de 1993).

Estamos ante un tipo de emigración a la Argentina a través de Francia. No olvidemos que en el siguiente testimonio se alude a la militancia en las milicias populares de nuestro protagonista durante la guerra civil española, temiendo represalias y ante la pésima situación de la posguerra, el informante se autoexilia a Francia, allí desde 1939 a 1945 trabajará en el medio rural, en un campo situado a 80 Km. de París, con un contrato de trabajo totalmente reglado; concluida la segunda guerra mundial, se trasladará a vivir a París para trabajar en obras públicas, en la reconstrucción de la ciudad, y aunque allí tenía buen sueldo, se hallaba solo y sin poder regresar a España por su anterior militancia; sus tíos y primos de la Argentina lo reclamarán insistentemente, hasta que en 1948 decide partir desde Marsella:

Mi familia tenía vacas y cabras y algo de campo. En la calle del cementerio tenía un caserón donde paraban los arrieros en época de zafra. A estos arrieros no se les cobraba nada, sólo nos quedábamos con el estiércol de las bestias, estiércol necesario para abonar las tierras familiares... Después vino la guerra civil y yo milité en el ejército republicano, en “el batallón Motril”... Cuando terminó la guerra me fui a Francia, aconsejado por mi padre, éste me dijo: “tú haz lo que te dé la gana, pero aquí la vida está muy mal, hay mucha hambre, hay mucha miseria”... Desde Marsella en 1948 me embarqué para la Argentina, para Rosario, pues allí vivían unos hermanos de mi padre con doce hijos. Toda la familia que yo tenía en Rosario trabajaba en el comercio como dependientes o “jefes de expedición” (vigilante de entrada y salida de mercancías). Ninguno era propietario pero vivían estupendamente (Testimonio tomado a un retornado de más de 70 años, en Motril [Granada] en abril de 1992).

En los tres siguientes testimonios, tomados en la Argentina, no existe miedo ni reparo alguno para hablar de las “mafias” de la emigración, de los ganchos, y sobre todo del siniestro “don Francisco”, apodado también “el tío de Cádiz”. Dicho personaje recorría los pueblos andaluces prometiéndole “Eldorado”, cobraba anticipadamente el pasaje del barco y todos los trámites burocráticos al precio de 10.000 pesetas (60,10 euros, que en el año 1952 eran como 6.000 euros actuales) por una familia de cinco miembros (matrimonio y tres hijos pequeños: de 7, 5 y 1 años) que deberían viajar en la panza de un barco mercante en condiciones infrahumanas. Lo normal es que don Francisco, habiendo cobrado por adelantado, se olvidara de sus “protegidos”, éstos se veían obligados a emprender el primer tramo de su viaje, a saber: llegar a Cádiz y esperar unos meses hasta que hubiera plazas disponibles en los mercantes, durante ese tiempo los “presuntos” emigrantes se alojaban en el hostel (pensión) que el “gancho” tenía en una céntrica calle del casco antiguo de Cádiz., alguno (como muestra el tercer fragmento) se arruinó esperando el barco de las Américas, y, avergonzado de volver al lugar de origen, decidió quedarse en la “puerta del Nuevo Mundo”, en Cádiz, en condiciones de semi-mendicidad:

Entonces paseaba por las calles de los pueblos andaluces un tristemenete célebre personaje que fue don Francisco..., lo adoraban como a un apóstol, porque aquel hombre vendía pasajes para América. Era un sevillano, residente en Cádiz, al que popularmente llamaban “el tío de Cádiz”, éste era un testaferro de otros, que esta-

ban a su vez conectados con los cónsules americanos y con las autoridades argentinas, y en contubernio indecoroso por ambas partes se fructuaban las famosas cartas de llamada donde aparecía un reclamante en Argentina que no existía, y un señor que pagaba por esta carta de llamada. Así se legalizaba lo que era ilegal. Era un comercio de trata de blancos (Testimonio de un inmigrante de 78 años, residente en Rosario [Argentina], agosto de 1996).

Mi marido habló con él y don Francisco le dijo que “sí que era verdad que podía venderle los pasajes para irse a América; pero que tenía que darle la plata adelantada”. Entoces nosotros agarramos y juntamos la plata que habíamos juntado después de vender dos pedacitos de tierra, y se la metimos en el bolsillo al hombre éste (a don Francisco), sin que él la contara ni nada. Le dimos 10.000 pesetas a cuenta, él se fue a Cádiz y quedó en llamarnos; pero pasaron los meses y no nos llamó, y entonces nos presentamos en Cádiz, y allí, mientras esperábamos el barco, estuvimos alojados en la pensión de don Francisco durante tres meses, habiéndole de pagar 5.000 pesetas más. (Testimonio de una inmigrante de 78 años residente en San Miguel de Tucumán [Argentina], julio de 1993).

Cuando estábamos en Cádiz, esperando embarcar vimos a uno que tenía una confitería enfrente de nosotros, en la calle “catalanes”; y cuando lo vimos en Cádiz, ya había (transcurrido) un mes o más... que se había ido de Motril para embarcar para América, y lo encontramos con un carro tirando de él, llevando bultos, que sé yo, porque no sabía qué hacer, porque ya no tenía nada, y no tenía dinero, estaba en la calle... (Testimonio, tomado en julio de 1993, a un inmigrante residente en Rosario [Argentina]).

Presentamos tres descripciones: una sobre el desgarró de la despedida; y dos sobre el viaje al “nuevo” y “otro” mundo, un viaje, como de parto, iniciático en definitiva:

La despedida, ¡ay!, muy mal, bastante mal. Ya te digo yo, cuando yo llego a mi casa para despedirme, por la calle de la Esparraguera, sentía los gritos de mi madre. Y llegamos allí, mi padre justo había salido de la pieza, estaba poniéndose (abrochándose) el botón del chaleco, estaba allí llorando, era todo un drama. Yo no me quiero acordar, ¿por qué, para qué...? (Testimonio de una inmigrante, julio de 1993, San Miguel de Tucumán).

Perdida, yo estaba perdida... Y veía la comida y me daba asco... y había bailes, y mi marido me decía “baila, hija...”. Yo le decía “a mí me dejas tranquila que yo me acueste”. Luego tenía al Miguel, con un año de edad, casi muerto, con unas fiebres que volaba (Testimonio de una inmigrante, tomado en julio de 1993 en San Miguel de Tucumán).

Y para mí aquello fue tétrico, cuando vi que el anterior día a nuestro embarque estaba atracado en el puerto de Cádiz aquel ataúd blanco que era el “Cabo de Hornos”, se me acabaron hasta las ganas de vivir, y yo que iba al frente de un grupo por tener 30 años, y yo era el más inútil de los cuatro (mi padre tenía 60 años, mi madre 58, y mi hermana 26), porque yo no sabía nada de nada. Entonces, claro, yo me metí en aquel barco, cuyos pasajes costaron 72.000 pesetas, porque fuimos obligados a viajar en camarotes de lujo, de cuatro plazas, como turistas elegantes, cuando yo tenía que haber ido en la panza del barco como iban todos aquellos desgraciados [...] allí estaba subyacente todo un mundo, había mil, dos mil personas que iban en busca de un horizonte perdido... Y ya a través del Océano empezó la tragedia: con escala en Dakar, donde yo vi hacinada la miseria humana del negro, tirados en la calle, arrojados frente a los grandes negocios franceses [...] Allí fue donde yo me di cuenta del destino que a mí me esperaba. Que cuando llegué a América no fue así como yo lo vi en Dakar, pero fue algo parecido (Testimonio, tomado en julio de 1993, a un inmigrante residente en Rosario [Argentina] y emigrado en 1952).

La llegada a América, las impresiones y depresiones, son descritas en los dos testimonios siguientes: el primero es de un desgarró absoluto, de una total pérdida de referentes, de un duelo y muerte en vida; el segundo, más alegre porque hay familiares que esperan, porque se llega a Buenos Aires con todo el despliegue de colorido del verano austral:

La impresión es que cuando te vienes así, que te bajas del barco, y te ves completamente desamparada, y nada, es muy feo y muy triste, por muy linda que sea la ciudad, feísimo es todo, porque no ves ninguna cara conocida, nada, no ves nada, y sabiendo que no te espera nadie (Testimonio, tomado en julio de 1993, de una inmigrante residente en Rosario [Argentina], emigrada en 1952).

Llegamos a Buenos Aires la noche vieja de 1950, allí nos recibieron nuestros primos y estuvimos con ellos una semana... Después tomamos el ferrocarril para nuestro destino: San Miguel de Tucumán. Nuestro equipaje era de dos baúles y un colchón de lana enrollado, que dentro llevaba mantas, sábanas y un abrigo. Nada más subir al tren, los ladrones “compinchados” nos lo robaron. En el trayecto de Buenos Aires a Tucumán robaron a mucha gente... Después de muchas reclamaciones quisieron indemnizarnos con la ridiculez de treinta pesos, que nos negamos a tomar por parecernos insuficientes. Les dijimos a las autoridades que se quedaran con los treinta pesos, y que ¡ojalá! los gastaran en bicarbonato (Testimonio de un matrimonio retornado, residente en Motril [Granada], tomado en junio de 1993).

Cuatro testimonios nos refieren los tipos de trabajo encontrados y los niveles de radicación. El primero de ellos narrado por la esposa, se refiere a cómo su marido, originario de la Andalucía del minifundio, quedó cegado por las promesas de tierras, que Eva Duarte de Perón hizo en su teatral visita a España en el año 1947, decepcionado a la llegada a la Argentina, no duda en pedir al “hada de los pobres” las tierras prometidas. El segundo y tercer testimonio pertenecen a un mismo núcleo familiar, en ellos se nos demuestra cómo la mujer siempre tira para adelante, ella es el futuro, y es la que mejor se adapta en los procesos emigratorios. El cuarto y último es también un canto a lo femenino por su fortaleza y buena disposición, al tiempo que es una dura crítica a las actitudes machistas, y de “España profunda”, a la visión reaccionaria de la vida, a la incapacidad de adaptación como la mayor dificultad para cualquier tipo de progreso, material y/o espiritual.

...Entonces, mi marido, Vicente, dijo “yo le voy a escribir a la Eva Perón, porque ha estado en España y ha dicho que ‘a todo el que quiera tierras se las vamos a dar’”. Y yo le digo a mi marido ‘pero tú estás loco, la presidenta te va a contestar... ni te va a contestar’”. “Que sí –dice él– que le voy a escribir; yo le dije: “ah, de todas maneras escribe... no te va a hacer caso”; y la carta, esa carta la mandamos al Banco de la Nación, y dijeron que sí que ya teníamos las tierras, y las tenían para dárselas...; pero luego, al morir la presidenta, la Eva Perón, ya se terminó todo y nos quedamos en la Argentina sin una peseta, sin un peso (Testimonio de una inmigrante residente en San Miguel de Tucumán, julio de 1993).

Yo tengo que coser, porque tenemos que salir de aquí, porque ésta no es la vida nuestra, y tenemos que volver a la nuestra, y hasta que mi hermano no compró el primer bar. Yo seguí cosiendo (Testimonio de una inmigrante residente en Rosario, julio de 1993).

Porque al fin y al cabo cuando llegamos aquí, a América, la única que nos hizo salir de la miseria fue mi hermana, que en quince días aprendió a coser el pantalón, trabajando desde casa para un sastre. (Testimonio de un inmigrante residente en Rosario, julio de 1993).

Mamá no “trabajó” nunca...; bueno tenía cinco hijos, trabajó en el campo sin parientes ni ayuda de tipo alguno. Ella añoró siempre a España, la música española, cuando en la radio había alguna canción española los vecinos llamaban a mamá para que la oyera. Mamá era sumisa; pero una “matrona”, es decir, con autoridad moral en la familia y en la vecindad. Mamá siempre pretendió mantenernos unidos. Papá era agresivo, siempre tuvo la frustración de no haber podido “hacer las Américas”. Para él, Argentina era una basura, y lo mejor del mundo era “su” España. Fue violento con sus hijos, pues creía que era el mejor método, ya que así lo educaron a él en la España rural. Todos sus hijos quisimos escapar de su presión: mis hermanas se casaron a los 18 años, y yo a los 21 me vine a Buenos Aires (Testimonio de un hijo de inmigrantes andaluces residente en Buenos Aires, julio 1993).